

LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año I.

Madrid 10 Noviembre 1873.

Núm. 3.

SUMARIO

La religion y el progreso, por D. Abdon de Paz.—*Arquitectura churrigueresca*, por el Doctor Meisen.—*Consejos matrimoniales*, poesía de Tirso de Molina.—*Origen de los ojos azules*.

por D. Enrique Perez Escribá.—*Viaje por el mundo de los espíritus*, por D. Abdon de Paz.—*Pensamientos*.—*Miscelánea*.

LA RELIGION Y EL PROGRESO

Cansados estamos de oír que nuestra religion, oscurantista hasta la ignorancia é intolerante hasta la crueldad, es enemiga del progreso. Como semejantes afirmaciones, aparte su vaguedad, envuelven en sí peligros sin número y perturbaciones sin cuento, conviene probarlas en el crisol de la crítica, hoy que todo intenta sujetarse á este procedimiento de la lógica.

Porque el siglo XIX, eminentemente analítico, pretenda examinarlo todo aún en sus pormenores más insignificantes; porque en tan universal exégesis la teología haya sido el punto objetivo sobre que hayan girado los estudios de los primeros pensadores de Europa, desde Strauss á Renan, desde Proudhon á Víctor Hugo, hemos de amedrentarnos? Si el hombre «nada puede contra la verdad, sino por la verdad (1)», á qué temer? Ante las tempestades de la tierra repitamos hoy como nunca con nuestro Divino Maestro: «A qué estáis medrosos? ¿Todavía no teneis fe (2)?» Y hoy como nunca, «desechando las obras de las tinieblas y vistiendo las armas de la luz (3)», aceptemos esta titánica lucha del pensamiento, tal y como se nos presenta, sin temor á nada ni á nadie. Si hay espanto precisamente en quienes debieran mostrarse más serenos; si hay preocupaciones cabalmente por parte de los que se dicen más despreocupados; qué importa? Nuevas generaciones recogerán el fruto de la simiente lanzada al acaso, y cuando, como resultado del combate, se haya vuelto á la unidad de las creencias, no por la coacción, sino de grado; nuestros hijos bendecirán nuestros nombres, tanto mas dignos de bendición cuanto mayores sean los esfuerzos que de nosotros exija la victoria.

El que unos frailes no comprendieran á Colón, el que otro convirtiera en blanco de su envidia á Cervantes, ¿significará que la Iglesia es contraria al

saber? ¿Cómo considerar tal la institución divina, de cuyo santuario partieron los resplandores que disiparon las sombras de todas las edades, y entre cuyos ministros figuraron y figuran las primeras inteligencias del mundo? El que alguien, transformado de hombre en hiena, se haga indigno de vestir el traje de los ungidos del Señor, ¿significará que la Iglesia es sanguinaria? ¿No condena ella misma en sus cánones al sacerdote, que tiñe sus manos en sangre? ¿Su Santidad Pío IX, á la vez que recomendaba á unos católicos la humildad, no expuso terminantemente en su bellísima alocución de 13 de abril de 1872: «Hay otro partido, opuesto á este, muy intolerante, que olvida por completo las leyes de la caridad; y yo le recuerdo que sin caridad no se puede ser verdaderamente católicos.»

Que la Iglesia es intransigente respecto de la pureza del dogma y la moral. Y cómo no? Pongamos un ejemplo. El partido más avanzado, el que se tiene por más liberal, habla, escribe, discute, propaga, cuidando reunir el mayor número de adeptos; pero él, que se apellida tan tolerante respecto de las personas, es á la vez tan intransigente en cuanto á principios, que basta que uno de sus afiliados desconozca el menor de ellos para, siquiera sea por la causa más racional y justa, expulsarle de su seno. ¿Y se culpa á la que es «columna y apoyo de la verdad (1)», porque deje de considerar en el número de sus fieles á cuantos en uso de su libre albedrío desconozcan sus decisiones? Esto es ilógico y absurdo. Jesucristo dijo: «Amad á vuestros enemigos, haced bien por los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian (2).» Pero dijo también: «Si tu hermano pecare contra tí, vé y corrígelo á solas, y si te oyere habrás ganado á tu hermano. Y si no te oyere, toma aún contigo uno ó dos para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra. Y si no los oyere, dilo á la Iglesia. Y si no oyere á la Iglesia, tenlo por gentil y publicano (3).»

(1) II Corint., XIII, 8. (2) S. Marc., IV, 40. (3) Rom., XIII, 12.

(1) I á Tim., III, 15. (2) S. Mat., V, 44. (3) Id., XVIII, 15-17.

La religion, en cuya bandera se leen aquellas magníficas palabras de San Agustín: «Unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso y en todo caridad», no es enemiga del progreso. ¡Cuántas veces nos figuramos que hemos hecho un gran descubrimiento y el tiempo viene á demostrarnos nuestro error! En cuántas ocasiones creemos que avanzamos y retrocedemos! En cambio pasan siglos, vienen nuevas generaciones, y unos y otras proclaman la concordancia de las verdades eternas y absolutas con nuestros mayores adelantos.

¿Cómo la Biblia, santo tabernáculo de aquellas verdades, cómo la Biblia, que es el libro de Dios y de su Iglesia, escrito por muchos autores, de distintas fechas, lugares y condiciones, abarca y resuelve armónicamente todos los problemas, ora narrando el origen de nuestro pasado, ora penetrando las nebulosidades de nuestro porvenir? ¿Cómo ha sido, es y será por siempre la obra de todos los siglos, de todos los estados, de todas las situaciones, de todas las ciencias, de todas las artes y de todas las literaturas, desde Racine á Klopstock, desde Milton al Dante?

Y no se diga que escribimos por escribir. Examinemos hoy mismo la Palabra Celestial con las ideas del hombre más avanzado, del que se precie de marchar al frente de la civilización, y ella será la piedra de toque en que se pruebe cuál adelanto es verdadero y cuál no, cuál se realizará y cuál se desvanecerá en el polvo de la nada.

Hoy se invoca la libertad. ¿Y no dijo Nuestro Divino Redentor: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (1)»? ¿Y no escribió Santiago: «La ley perfecta es la de la libertad (2)», añadiendo sabiamente San Pablo: «Mirad que esta libertad que teneis no sea ocasion de tropiezo á los flacos (3)».

Hoy se invoca la igualdad. ¿Y no dijo Nuestro Divino Mesías: «A cada uno segun sus obras (4)»? ¿Y no escribió San Pablo: «Ya no hay judío, ni griego, ni siervo, ni libre, ni varon, ni hembra, porque todos vosotros sois uno en Jesucristo (5)».

Hoy se invoca la fraternidad. ¿Y no dijo Nuestro Divino Salvador: «Amaos los unos á los otros como yo os amé (6)»? ¿Y no escribió San Pablo: «Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan para sí (7)».

Hoy se invoca la justicia. ¿Y no manifestó el Apóstol: «Cristo es el fin de la ley para justificar á todo el que cree (8)». «Nosotros fuimos hechos justicia de Dios en Cristo (9)».

Hoy se invoca la abolición de la esclavitud. ¿Y no se lee en el Evangelista: «El que hiciere á otro esclavo en esclavitud parará (1),» de acuerdo con aquellas

palabras de Job: «¿Por ventura el que me hizo á mí no hizo á mi siervo y á mi sierva también? ¿No fué uno mismo el que nos formó á ambos (2)».

Hoy se invoca la paz universal. ¿Y no habló ya el Profeta de aquella edad venturosa, en que las naciones «convertirán sus espadas en rejas de arados y sus lanzas en azadones; no empuñará espada gente contra gente, ni se ensayarán más para hacer guerra, y cada uno se sentará debajo de su vid y de su higuera; y no habrá quien cause temor, pues lo prometió, y así no puede faltar, el Señor de los ejércitos (3)».

Hoy se invoca el progreso. ¿Y no repite el Apóstol de las gentes: «No os conformeis con este siglo, sino reformaos en novedad de vuestro espíritu para que experimenteis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (4)». «Jesucristo reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerle conforme á su cuerpo glorioso, segun la operacion con que también puede sujetar á sí todas las cosas (5)».

«La fermentación, que hierve en torno nuestro, procede de la predicación evangélica,» ha exclamado el sabio obispo monseñor Mermillod ante el movimiento de las clases obreras de nuestros días. Y así es en efecto, porque esa misma fermentación encuentra apoyo en el libro divino en lo que tiene de justa y razonable, así como encuentra la reprobación más explícita en lo que tiene de injusta y satánica. ¿Desea que el trabajo sea comun á todos los hombres? Pues escrito está en las primeras páginas de la Sagrada Escritura: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado (6);» á lo que añade muy gráficamente San Pablo: «Si alguno no quiere trabajar que no coma (7)». ¿Desea demostrar su utilidad? Pues Salomón ya dijo: «El que ama el ocio es muy necio, porque se llenará de necesidad (8)». ¿Desea que el operario gane lo que es debido? Pues en el Evangelio se leen estas palabras: «El trabajador es digno de su salario (9)». ¿Desea que el capitalista no explote al obrero? Pues San Pablo escribe: «Mirad, ricos, que el jornal que defrandasteis á los trabajadores, clama; y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos (10)». ¿Desea por cuestiones de moral é higiene apartar de la fábrica á la mujer y al niño? ¿Pues quién más amante que Jesús de los pequeñuelos, ni qué doctrina más moral que la suya? ¿Desea que el principio de la solidaridad alcance del uno al otro polo? Pues Cristo habló ya de «un solo rebaño y un solo Pastor.»—¿Pretende, por el contrario, le-

(1) San Juan, VIII, 32. (2) Epist. del Ap. Sant., I, 25. (3) I Corint., IX, 9. (4) San Mat., XVI, 27. (5) Gálat., III, 28. (6) San Juan, XV, 12. (7) II Corint., V, 15. (8) Rom., X, 4. (9) II Corint., V, 21.

(1) Apoc., XIII, 10. (2) Job, XXXI, 15. (3) Miqueas, IV, 3 y 4. (4) Rom., XII, 2. (5) Filip., III, 21. (6) Gén., III, 19. (7) II. Tessal., III, 10. (8) Prov., XII, 11 y XXVIII, 19. (9) S. Luc., X, 7. (10) Hebr., V, 1-4.

vantarse sobre la nada del ateísmo? Pues no lo conseguirá, porque contra ella dice el Decálogo: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas.» ¿Intenta el robo como medio de sus fines? Pues tampoco obtendrá resultado, porque contra ella dice la Ley Santa: «No hurtarás.» ¿Se propone el asesinato? Pues igual le acontecerá, porque contra ella dice el Verbo Celestial: «No matarás.» ¿Se fija en la destrucción de la familia? Pues le sucederá lo propio, porque contra ella dice el Evangelio: «Lo que Dios juntó no lo separe el hombre (1).»

Tan cierto es que sin aquella *razon divina*, de que hablaba San Agustín, reguladora de nuestras ideas, de nuestros sentimientos y de nuestros actos, daríamos de continuo en el absurdo ó en el caos, ya proclamando con Hobbes que «el hombre es una presa arrojada á la voracidad de los tiranos,» ya repitiendo ridículamente con el furibundo nihilista Brismée en el Congreso de Basilea de 1869: «Si la ciencia contradice nuestras aspiraciones revolucionarias, peor para ella, porque habrá de ceder á nuestros principios, que no se doblegan ante nada.»

El Catolicismo, que es una idea, no una forma política, por lo cual cabe en todas, ejerciendo en ellas la benéfica influencia propia de su célico origen, á igual distancia del socialismo exagerado, que conduce á la tiranía, que del individualismo desmedido, que lleva á la anarquía, funde ambos en el crisol de la caridad, poniéndoles como antemural que contenga su embravecido oleaje el sentimiento de la conciencia. Consecuente con la máxima evangélica de que bajo los brazos de la cruz todos somos hermanos, principia por admitir á todos en sus empleos y dignidades. Pescadores y publicanos fueron sus primeros apóstoles y en la que pudiéramos llamar edad de oro de la aristocracia presentó en la silla pontificia á Sixto V, el hijo de un guardador de puerco. Por medio de la elección evita que en su seno arraigue la ley de las castas, excluyendo del sacerdocio la depresiva y atentatoria á la dignidad humana herencia de cargos. Con la misma fe se dirigen al fin del mundo sus discípulos á convertir infieles y redimir cautivos, que en el fragor de la pelea restañan la sangre del herido ó en el frío de la noche acogen bajo su manto al niño abandonado. Y en sus asambleas todo se decide previa discusión y á mayoría de votos, siendo de notarse que desde el primer concilio, celebrado en la Ciudad Santa, los apóstoles, aparte la asistencia del Espíritu Divino, proclamaron la cooperación inteligente y libre del humano: *Visum est Spiritui Sancto ET NOBIS* (2).

Pero si de tal modo impulsa la corriente del verdadero progreso, si por boca del Cardenal Belarmi-

no llega hasta reconocer que «la potestad reside inmediatamente como en su objeto en toda la multitud, la cual, mediante causa legítima (justa), puede mudar el Estado de aristocracia en democracia y viceversa (1),» doctrina que expusieron el jesuita Suarez contra el rey Jacobo de Inglaterra en una obra escrita á este fin, Gotti en su *Tratado de las leyes*, Busembaum en su *Teología Moral*, el Padre Mariana en su *De regis institutione* y Saavedra Fajardo en sus *Empresas Políticas*; sostiene por boca de sus profetas y de sus apóstoles, desde Jesús de Sirach á San Pablo, «que todo poder viene de Dios (2),» á cuya ley santa debemos sujetar nuestra conducta gobernantes y gobernados. No de otro modo Pedro y Juan contestaban á los príncipes del Consejo de Jerusalén: «Si es justo delante de Dios oírlos á vosotros antes que á Él, juzgadlos vosotros (3).» No de otro modo han podido decir los apologistas y Padres de la Iglesia á reyes y emperadores: «El poder de que sois meros depositarios no debe ser tiránico, sino que debe estar regulado por las leyes (4).» Imidad á Dios en su bondad, exenta de todo fraude y violencia (5).» «Llamamos afortunados á los príncipes cuando gobiernan con justicia, cuando lejos de enorgullecerse con las alabanzas que reciben se acuerdan de que son hombres; cuando aman, adoran y temen á Dios; cuando castigan, no por satisfacer su propia venganza, sino por el bien del Estado, y perdonan, no por que el delito quede impune, sino por que el delincuente se corrija; cuando, obligados á usar de severidad, la templan con actos de clemencia; cuando prefieren más ser dueños de sus pasiones que de la tierra; cuando realizan en fin todo esto, no por vanagloria, sino por el deseo de hacer bien á los pueblos y por amor á la felicidad eterna (6).»

¿Qué se deduce de tan magníficos pasajes? Que aún cuando el ciudadano no se confunda con el creyente, que aún cuando la Iglesia y el Estado obren cada cual en su esfera respectiva, el segundo debe garantizar materialmente la libertad de la primera, y esta influir espiritualmente en aquel, en bien de todos los asociados. Emilio Castelar, cita nada sospechosa, exclamaba en uno de sus últimos discursos: «Dad á la Iglesia todas las libertades que necesita; dejadle predicar; dejadle propagar; cuidad de no herirla, de no incomodarla, de no molestarla, de no injuriarla. Dejad que el que quiera irse en paz al seno de un monasterio, hombre ó mujer, se vaya: que algun contrapeso de espiritualismo se ha

(1) *De lais*, lib. III, c. VI. (2) *Eclesiástico*, X, 4; S. Juan, XIX, 11; y Rom., XIII, 1. (3) Hechos de los Ap., IV, 19. (4) Tertuliano, *Apolog.*, adv. gentes. (5) S. Juan Crisóstomo, In. Ps. 46, Homil., p. 364. (6) S. Agustín, *Ciudad de Dios*, lib. V.

(1) S. Mat., XIX, 6. (2) Hechos de los Ap., XV, 28.

de oponer á esta sociedad, encenagada en el positivismo y en el utilitarismo doctrinario." Así influyeron los apóstoles y los mártires, como anteriormente los patriarcas y profetas. Así murió Isaías, aserrado de orden del rey Manasés. Así espiró Zacarías, á las pedradas de la plebe desbordada. Así venció Basilio á Valente; humilló Ambrosio á Teodosio; detuvo Leon á Atila, y arguyó Pío VII á Napoleon. Así hoy mismo, cuando las naciones todas olvidan las desgracias de un pueblo, tan reducido como heróico, que solo vive en paz el tiempo que tardan sus hijos en convertirse de niños en hombres, para morir por la independencia de su patria; déjase oír la voz del venerable pontífice, que desde el Vaticano clama al déspota ruso por la libertad de Polonia.

Ah! ¡Que nuestra religion, oscurantista hasta la ignorancia é intolerante hasta la crueldad, es enemiga del progreso! No y mil veces no! Ella dice: "Paz," mientras el ateísmo dice: "Guerra." Ella dice: "Orad," mientras el ateísmo dice: "Herid." Ella dice: "Cree," mientras el ateísmo dice: "Niega." Ella invoca la razon, libre de las malas pasiones; el ateísmo la razon, esclava de vicios ó delirios. Ella tiene la cruz, el símbolo de la misericordia; el ateísmo la guillotina, el símbolo de la venganza. Ella repite: "Amad á vuestros enemigos;" el ateísmo: *Homo hominis lupus*. Ella redime al hombre por Dios; el ateísmo intenta redimir al hombre por el hombre. Cuál redencion es preferible?

El progreso, agente universal como la electricidad y el lumínico, es el móvil providencial de las grandes reformas, la trasformacion de las instituciones humanas, que de lo conocido por la tradicion va á lo proclamado por la ciencia. Pero como esta no puede ser benéfica, trascendental, ni fecunda, á no inspirarse en las verdades eternas y absolutas, de aquí que, al apartarse de ellas, inunde de gemidos el aire y de sangre la tierra, esforzándose inútilmente en destruir lo que de suyo es imperecedero. Y es que el progreso, eficaz contra la tradicion que degüella á Padilla y encarcela á Galileo, el progreso, que conmueve el equilibrio de las naciones, nada puede contra Dios, Nuestro Supremo Juez y Maestro.

ABDON DE PAZ.

ARQUITECTURA CHURRIGUERESCA

Con tal nombre es conocido en España aquel estilo de construccion, en que el buen gusto cedió su puesto á un extravío fantástico, sin otros límites que los del antojo de imaginaciones enfermizas; estilo que en mayor ó menor escala sufrieron todas las na-

ciones de Eúropa, y que dominó con especialidad en Italia, autorizado por el desgraciadamente célebre arquitecto Francisco Borronini.

Sus discípulos don Sebastian de Herrera Barnuevo y don José Jimenez Donoso le importaron á España, donde obtuvo mayor aceptacion que en ninguna otra parte, hasta el punto de que escribiera de él el insigne Gaspar de Jovellanos: "En esta edad de corrupcion, abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las extravagancias, que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos, convertidos en tallistas para servir en los templos á una supersticion tan vana y tan ignorante como ellos, alteraron todos los módulos, trastocaron todos los miembros, desfiguraron todos los tipos del ornato arquitectónico, y produjeron una muchedumbre de nuevas formas, si muy distantes de la sencillez y magestad de los antiguos, mucho mas todavía de la decencia y del buen gusto... Viendo aplaudir desde la corte hasta la más humilde aldea los mónstruos que engendraba el desarreglo de la fantasía y que abortaba la ignorancia, ¿quién podia separarlos de una senda, que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cedieron por fin al ejemplo y trasladaron á los pórticos, frontispicios y fachadas, las extravagancias de los retablos y escenas. Desde entonces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados, todo se cubrió de torpes garrambañas y groseros follajes, monumentos ridiculos, que testifican todavía la barbarie de quien los hacia y el mal gusto de quien los pagaba."

Obra de Herrera Barnuevo fué la continuacion de la capilla en que estuvo el cuerpo de San Isidro, en la parroquia de San Andrés de Madrid. Donoso, que dirigió el claustro del colegio de Santo Tomás, la fachada de la Panadería desde el piso principal, la portada baja de la iglesia de Santa Cruz, la de San Luis y otras varias, contribuyó aún más á propagar la escuela borroninesca, la cual, adoptada por fin con furor por todos los arquitectos españoles y especialmente por los famosos gerigoncistas salmantinos, llegó á tan alto grado de corrupcion á principios del siglo XVIII. Y lo peor fué que á manos de los nuevos heresiarcas vinieron construcciones, que para mayor rubor se distinguian por su magnitud, cuando no por su situacion ó por la riqueza de sus materiales. "Figuraos, decia graciosamente el erudito D. Eugenio de Llaguno Amírola, á un muchacho que dobla un papel en cien pliegues, le recorta y halla una cosa, al parecer bonita, por que el un lado corresponde al otro. Pues ahí teneis la arquitectura de los que á fines del siglo XVII tenian fama y entrado el XVIII eran la admiracion de todos."

Descollaba entre ellos don José Churriguera, natu-

ral de Salamanca, muy celebrado allí entre sus paisanos y doctores de aquella Universidad, donde reinaba la máxima de que tanto mas se perfecciona el ingenio cuanto mas se sutiliza en paralogismos, equívocos, retruécanos y juego de palabras. Vino á Madrid, y, nombrado ayudante de trazador mayor, llamó desde luego la atención por el famoso túmulo, que erigió en la iglesia de la Encarnación para las honras fúnebres de María Luisa de Borbon, primera mujer de Carlos II, y cuya estampa, que puede verse en las *Noticias historiales de la enfermedad, muerte y exequias de la mencionada reina* por don Juan de Vera Tarsis, da á conocer al autor que la concibiera.

Acreditado, sin embargo, con esta traza, el flamante artista construyó obras de mayor consideración, tales como el frontis de la iglesia de San Sebastian, variado por otro que acaso no le fué en zaga; la Casa-Aduana y estanco de tabacos, cuya horrible portada hubo de picarse y ser sustituida por la que actualmente tiene; parte de la parroquia de San Cayetano y la capilla mayor de Santo Tomás, desde el basamento hasta los arranques de los arcos.

Fallecido en 1725, legó su extraño modo de edificar á sus dos hijos don Nicolás y don Jerónimo, causa bastante para imprimir su apellido á dicha escuela; aunque la verdad es que semejante gloria correspondia de derecho al maestro mayor don Pedro Ribera, autor de multitud de obras, entre otras que aún subsisten, la fachada del Hospicio y la fuente de la plaza de Anton Martin, en las cuales eclipsó el lustre y prez del celebrado Churriguera.

Tales fueron las últimas boqueadas de estilo tan ridiculo. La llegada á la corte de los arquitectos Jubarra y Sachetti, que acreditaron su fama con la construcción del Palacio Real y otras de importancia, dió principio á la restauración del arte, que desarrollaron los eminentes don Ventura Rodriguez, don Juan de Villanueva y don Francisco Sabatini, quienes vieron prácticamente, en pasados errores, adónde conducen los extravíos de la fantasía cuando no está regulada por la razón y dirigida por el estudio.

EL DOCTOR MEISEN.

Escorial 7 de Noviembre de 1873.

CONSEJOS MATRIMONIALES

(Acto II de *El Condenado por desconfiado*)

No busques mujer hermosa,
porque es cosa peligrosa
ser en cárcel mal segura
alcaide de una hermosura,
donde es la afrenta forzosa.

Y nunca entienda de tí
que de su amor no te fías;
que, viendo que desconfías,
todo lo ha de hacer así.

Con tu mismo ser la iguala;
ámala, sirve y regala;
con celos no le des pena;
que no hay mujer que sea buena,
si ve que pisan que es mala.

TIRSO DE MOLINA

ORÍGEN DE LOS OJOS AZULES

De las hembras del mundo
fué la primera,
según dice la Biblia,
la madre Eva;
y más de cuatro
aseguran que tuvo
los ojos pardos.

Paseando las calles
del Paraíso,
dicen que Amor vió á Eva
y así le dijo:

—«No eres perfecta,
porque tus ojos pardos,
mujer, te afean.»
Y es fama que Cupido
la noche aquella
pensando y repensando
la pasó en vela.

Ojos buscaba,
porque los ojos de Eva
no le gustaban.
Como Amor es maestro
en todas ciencias,
una mujer pintóse
sobre una piedra.
Mas no le puso
ojos, porque eran ellos
todo su apuro.

Viendo la órbita hueca
de su figura,
color para llenarla
buscando duda.

Medio aturdido
le pintó un ojo verde
y otro amarillo.
Al ver el mal efecto
que producian
los borró y pintó otros
color de lila.

No muy contento
otros volvió á pintarle
color de fuego.

Fuera de sí pinceles
tiró y paleta,
viendo que ojos no hallaba
como él quisiera.

Lanzó un suspiro
y sobre el verde césped
quedó dormido.
Por fin nació la aurora
con su luz tibia,
y anunciaron las aves
cantando el día.

Con sus gorjeos
del dios de los amores
rompen el sueño.
Al ver Amor la aurora
por el Olimpo

cruzar los rayos de oro,
así se dijo:
—«No serán feos
en las rubias los ojos
de azul de cielo.»
Desde entonces las rubias
van por el mundo
ostentando los ojos
que Amor les puso.
Y sus pupilas
son más limpias que el rayo
que anuncia el día.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

VIAJE POR EL MUNDO DE LOS ESPIRITUS

I.

Feliciano era ménos depravado de lo que él mismo aparentaba. No creía en Dios, ni en la virtud; y sin embargo, se entusiasmaba como un muchachuelo recién salido de las aulas, defendiendo las doctrinas del espiritismo. Prueba incontestable de que, por más que se empeñe la lengua en demostrar otra cosa distinta, el corazón humano no puede vivir sin el fuego de la fe, sin la santa ambición de las creencias.

Nos reímos de las supersticiones de nuestros antepasados, y somos más supersticiosos que ellos; nos burlamos de sus brujerías y encantamientos, y el espiritismo es la resurrección de la magia con sus brujas y encantadores á la moderna. En verdad que lastima ver á ciertos civilizados pensadores evocar el auxilio de los seres invisibles, no de otro modo que le evocan los negros salvajes de Guinea. Pero ¿á qué compadecernos? ¿A qué tomar por lo serio lo que de suyo es tan gracioso? ¿No lo será que el mejor día nos anuncien los periódicos que ha sido descubierta la dirección aereostática mediante las revelaciones de un espíritu, especie de Zoroastro de los persas, diosa Isis de los egipcios ó Pitia de Delfos de los griegos?

II.

Feliciano apenas había cumplido veinte años. Se hallaba en la edad de las grandes ilusiones, de las grandes esperanzas, de las grandes majaderías; época inolvidable en la que el mundo se presenta pequeño á nuestros ojos, y uno sueña con la felicidad con solo vislumbrar los aceros de un miriñaque tras el primer cantón de una esquina.

Cierta tarde, último día de mes, encontrábase nuestro jóven en su bohordilla de la calle del Molino de Viento, distribuyendo mentalmente entre algunos de sus acreedores los veinte duros de mesada que acababa de cobrar, como empleado que era de una de las casas de comercio de Madrid, cuando vió entrar por la puerta de su gabinete á uno de los pocos amigos que tenía.

—¿Qué traes ahí?—le preguntó al verle con un abultado volumen bajo el brazo.

—Te traigo la obra de las obras.

—¿Cómo se titula?

—*Compendio de todos los sistemas filosóficos conocidos desde Adán hasta nuestros días.*

—Magnífico! Venga.

Y sus páginas conmovieron el corazón del impresionable doncel, trastornando á la vez su cerebro, instintivamente ávido de cuantas novedades daban de sí las fábricas del pensamiento.

III.

Desde aquel instante, Feliciano se dedicó con tal afán al estudio de la filosofía, que al cabo de unos cuantos meses supo al dedillo los principios de todas las escuelas, siendo su cabeza como inmensa posada donde los más peregrinos pensadores, en particular Allan Kardec, se hallaron albergados. Oh! ¡Allan Kardec! ¡El que había recorrido ante sus ojos el velo que encubría el incomparable mundo de los espíritus! ¡El único hombre que había, como ninguno otro, alagado los ensueños de su dicha!

Que el espiritismo tiene por fundamento la existencia de seres inteligentes é invisibles; que los espíritus están en todas partes, y constituyen una de las potencias de la naturaleza; que los hay sabios é ignorantes, sinceros é hipócritas, más ó ménos perfectos, según el grado de elevación á que han llegado; que se encuentran revestidos de una capa etérea, conocida con el nombre de *perispiritu*, formada por el fluido universal, sin que esto obste para que en ocasiones se revistan de capas materiales, cuya duración constituye la vida corpórea; que pueden presentarse ante nosotros, observarnos, y nosotros cambiar con ellos nuestros pensamientos; que el mundo de los espíritus, en fin, es el mundo normal primitivo, preexistiendo y sobreviviendo á todo; tales fueron las cuestiones, que en incesante curso, cual las oleadas del mar, preocuparon á Feliciano.

IV.

Al verle tan distraído, el director de la casa de comercio le dejó sin empleo, y el infeliz comenzó á ponerse pálido, y á quedarse flaco, muy flaco.

Entregado por completo á los delirios de la imaginación, no salía de casa; y cuando le visitaba alguno de sus conocidos, parecía un filósofo alemán; apenas acertaba á modular palabra.

Su patrona doña Angustias, jamon *fané*, según dicen los franceses, que como mujer no podía pasar en silencio dos segundos, y como andaluza hablaba por siete, extrañada de tan prolongado mutismo, llegó á formar del pobre chico un concepto que le honraba muy poco ciertamente. Para ella ó Feliciano no tenía nada de lo de Salomón, ó tenía mucho de lo de Orates... Las mujeres han sido siempre lo

nismo. ¡Ay de vosotros si no sois chistosos y habladores! Porque, como dice una amiga mía, el talento de un hombre está en razón directa de su conversación y de la calidad de la sal de sus chistes.

V.

En un tratado de filosofía cristiana, había leído nuestro héroe que la felicidad en este valle de lágrimas es efímera, relativa, mientras que la verdadera, la absoluta, únicamente puede gozarse al lado de Dios, en las mansiones del empíreo; pero él no estaba conforme con semejante teoría. Feliciano, que había dejado atrás á Kardec en los estudios espiritistas, creía que podía llegar á ser feliz, completamente feliz, sin necesidad de tales requisitos.

¿Cuándo? Cuando quisiera. ¿Cómo? Por el espiritismo.

VI.

Una noche del mes de diciembre, el huésped de doña Angustias se recogió en su alcoba de la calle del Molino de Viento muy temprano, serían las siete. Cuando un habitante de Madrid se mete en cama á tales horas, una de dos: ó está enfermo ó divisa ante sus ojos un porvenir más negro que las alas de un vencejo.

Era noche de Navidad, noche de alegría, de regocijo, ménos para el pobre espiritista, que se moría de tristeza, como por lo general sucede á todo aquel que no tiene una peseta, ni esperanza de conquistarla en mucho tiempo.

Feliciano se hallaba lejos de su familia, y para consuelo de sus penas, doña Angustias le había notificado la irrevocable sentencia de ponerle en la calle, si en el término de cuarenta y ocho horas no le satisfacía cierto piquillo, que ella se empeñaba en decir que le debía.

Quiso su buena estrella, sin embargo, que un conocido suyo, almacenista de vinos, tuviese la ocurrencia de regalarle el día anterior un par de botellas de Lácrima, capaces de resucitar al mismísimo Carlo-Magno con sus doce pares de Francia; y entre sorbo y sorbo se puso á contemplar la luna al través de los vidrios de la ventana de la alcoba. Oh! ¡qué de recuerdos surgieron entonces en su mente, al compás del lejano estruendo de los chiquillos con sus tambores, panderos y almireces, y del estrépito de una media docena de gatos, dados sin duda á Lucifer, según maullaban y corrían por los tejados circunvecinos! El satélite de la noche, derramando sus poéticos rayos en medio de un cielo sin nubes, parecía como que trataba de anunciarle el tesoro de ventura de que tal vez muy pronto iba á gozar su espíritu.

VII.

Dieron las doce, hora misteriosa en que antiguamente las brujas se reunían en sus aquelarres y los muertos abandonaban las sombras de sus nichos, y en que hoy de vuelta del teatro nos dirigimos á cenar á un café, si tenemos necesidad y siquiera cinco reales en el bolsillo.

Las botellas de Lácrima estaban completamente vacías. Feliciano no había perdido el conocimiento; pero se hallaba, como decimos en español, entre dos luces. ¡Magnífica situación para evocar á los seres del otro mundo!

Y á cuál evocaría? Porque nuestro jóven ambicionaba pedir mucho.

Después de reflexionar largo rato, determinó llamar á nuestro primer padre.

Y Adán se presentó.

—¿Qué deseas? le dijo.

—Ser feliz.

—Tienes fe en que lo conseguirás?

—Te ciega como la de un espiritista.

—Entonces pide por esa boca, y todo te será concedido.

—Quiero tres mujeres, las mas hermosas del planeta Venus, que en nada se parezcan á algunas de la tierra, por razones que yo me sé y no explico.

—¿Cuál tipo prefieres?

—Cualquiera. Por variar puedes enviarme una rubia, otra pálida y otra morena.

—Cierra los ojos.

Y los cerró.

—Ábrelos.

Y al abrirlos se encontró con tres mujeres hermosísimas, indescriptibles, una de ojos negros como el fruto de la morera, otra de ojos azules como las violetas de Jericó, y otra pálida como la magnolia de las Indias.

Feliciano, enardecido por el fuego de un amor inmenso, inextinguible, se tuvo un instante por dichoso; pero, como no solo de amor vive el hombre, pronto comenzó á ambicionar otros placeres.

Y evocó nuevamente á Adán.

—Quiero dinero, le dijo.

—¿Cuánto?

—Mucho, muchísimo.

—Te enviaré cien millones de duros del planeta Mercurio.

—Que sea cuanto antes.

Y satisfechos en el acto sus deseos, el nuevo Creso, vestido de perlas y záfiro, habitó un alcázar con todas las comodidades imaginables, cual el de un príncipe de Oriente. Además, mandó construir en derredor del suyo otros tres palacios, uno para cada una de sus tres queridas venusianas, á las que rodeó de

un lujo deslumbrador, extraordinario, como nunca jamás se había visto. ¡Oh! Feliciano parecía el niño mimado de la fortuna. El servicio de su mesa, el decorado de sus salones, sus criados, sus caballos, sus carruajes, cuanto se refería á su persona, era ultrarégio, sobrehumano.

Con lo cual su nombre se extendió por do quiera; y los hombres anhelaron su amistad; y las mujeres su amor; y todos envidiaron su suerte. Sin embargo, aquel hijo de Adán no era feliz. La dicha le había atacado al estómago. Feliciano, que odiaba los amargos, se veía precisado todos los días á tomar antes de comer una ó dos copas de Vermouth, para excitar el apetito.

(Se concluirá.)

ABDON DE PAZ.

PENSAMIENTOS

El Cristianismo ha creado indudablemente el derecho político, que reconocemos en la paz, y el de gentes, que respetamos en la guerra, cuyos beneficios nunca agradecerá bastante la humanidad.

MONTESQUIEU.

... Cuantos han nacido
su ventura han de tener:
no saberla conocer
es el no haberla tenido.

LOPE DE VEGA.

Dios es la conciencia eterna de los siglos.

BOSSUET.

La clemencia siempre nace
del valor y la victoria,
porque es la venganza infame.

TIRSO DE MOLINA.

Las doctrinas del Cristianismo son compatibles con todas las instituciones, con todas las formas de gobierno y con todas las combinaciones del derecho, basadas en el principio eterno de la moral... Sus divinas máximas, sus sublimes preceptos, suavizando las costumbres de los hombres, inculcando el principio de igualdad y confundiendo ante el altar todas las categorías de la tierra, han contribuido de un modo poderoso á la causa de la civilización y de la humanidad.

LASERNA.

..... Solo á una fiera toca,
madre de engaño y traicion,
el halagar con la boca
y matar con la intencion.

CALDERON.

MISCELANEA

Han visitado nuestra redacción las siguientes publicaciones: "La Gaceta Internacional," de Bruselas; "El Jornal da Manhã," de Oporto; "La Correspondencia de España," "La Prensa," "El Gobierno," "La Reconquista," "La Defensa de la Sociedad," "La Cruz," "La Voz de la Caridad," "El Magiste-

rio Español," "La Revista de Administración," "El Anfiteatro Anatómico Español," "El Géneo Médico Quirúrgico," "La Correspondencia Médica," "El Correo de la Moda," "La Moda Elegante Ilustrada," "La Guirnalda," "El Almanaque mensual," "El Telégrama," "El Periódico para Todos," "La Ilustración de la Mujer," "La Lira Española" y "El Autógrafo," de Madrid; "El Constitucional" de Alicante; "La Crónica Meridional," de Almería; "El Correo de Teatros," "La Revista Popular," "La Independencia," "El Nuevo Pelayo," "La España Musical" y "El Fomento de la producción nacional," de Barcelona; "La Crónica" y "El Defensor del pueblo," de Badajoz; "La Revista Balear," "La Voz de Cádiz," "El Album" y "El Ramillete," de Córdoba; "La Alhambra," de Granada; "El Porvenir" y "Las Veladas," de León; "El Ateneo Lorquino," "El Eco de la costa," de Mataró; "La Paz," "El Noticiero" "El Ideal Político" y "El Chocolate," de Murcia; "El Avísador Malagueño," "La Propaganda Católica," de Palencia; "El Boletín de Comercio," de Santander; "El Espectador," de Sabadell; "La Semana Católica" y la "Revista Andaluza," de Sevilla; "La Escuela," de Toledo; la "Revista del Ateneo de Valencia," "El Porvenir Alavés" y "El Ateneo," de Vitoria; y "El Diario de Avisos," de Zaragoza. Agradecemos á nuestros apreciables colegas la visita, que devolvemos con sumo gusto.

El ilustrísimo Sr. D. Miguel Salvá, Obispo de Mallorca, fallecido en Palma el 4 del actual, á la edad de 81 años, nació en Arganda, pueblecillo de corto vecindario, siendo consagrado Obispo en 1.º de Febrero de 1852. Fué bibliotecario del señor duque de Osuna, y después de Palacio, donde demostró sus conocimientos bibliográficos, enriqueciendo con volúmenes raros y de gran valor ambas bibliotecas. Obtuvo diploma de individuo de número de la Academia de la Historia, habiendo tenido además á su cargo la publicación de la colección de documentos inéditos por espacio de muchos años, en compañía de los marqueses de Pidal y Miraflores. Durante el cólera en 1865, hizo prodigios de caridad, dando ejemplo de abnegación á todo el clero de su diócesis, y reduciéndose á la mayor pobreza por socorrer á los enfermos. Era sin disputa uno de los prelados más eruditos, sabios y humildes, que contaba en su seno la Iglesia católica.

Las personas á quienes espontáneamente remitimos el presente número, y á quienes de igual modo hayamos remitido cualquiera de los anteriores, se servirán avisar á esta Administración, Manzana, 15, bajo, izquierda, Madrid, caso de que gusten continuar recibiendo LA BUENA NUEVA, acompañando el importe de su suscripción en letra, libranza del giro múltuo ó sellos de franqueo.

Península, Baleares y Canarias: un trimestre, 10 rs., un semestre, 16. Ultramar y Extranjero: un semestre 32 reales.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.